

China

China es el tema de la obra más reciente de Ana DeMatos, cuyo trabajo se presenta en la galería C5 Colección de Santiago de Compostela, con el ánimo de mostrar las constelaciones que siguen dando continuidad a su obra, aunque este nombre no signifique nada para ella, sino es como un referente en el que deposita la experiencia de los seis viajes que ha realizado en los últimos años. China en tanto que territorio de una amplia nación ocupada por 1400 millones de habitantes tampoco es el impulso inicial de estas series “chinas”, adjetivo utilizado como un complemento indispensable, para que se conozca su procedencia. Pero lo que sí precede a la concepción de este proyecto es el viaje de instrucción por el que se puede proceder a la instrucción del otro, mediante el relato y las diferentes formas o maneras de hacerlo y de comunicarse. Idas y regresos en los que se experimentan mutaciones externas en el objeto de la visión y alteraciones internas también mutantes del sujeto de la experiencia ante las variables que se asocian al movimiento. Los traslados de un lugar a otro, en forma de simulacro de un nomadismo circunstancial, hacen vulnerable a la artista, que a su vez adopta diferentes medidas para poder comunicar aquello que sólo ha visto ella en una determinada situación, cuya duración impide la conservación o la inmovilidad de lo dado.

Hangzhou, Wuxi, Hong Kong, Shanghai, Schenzhen, Suzhou y Pekín son las ciudades que ha visitado en estos viajes, en los que su experiencia se ha ido modificando progresivamente, aunque persista la apropiación inicial por la que conserva aún las primeras impresiones recibidas del contacto con el país, la calle, la gente, las ciudades que ha visitado, los lugares que ha conocido. La melancolía del viaje ha cedido paso al registro de las imágenes que ella ha hecho mediante la cámara de video y la cámara fotográfica, con la fuerza del ojo observador que cree en el instante privilegiado en el que sucede todo y es necesario documentarlo para que el instante siguiente no lo borre. Bajo la poderosa influencia de sus descubrimientos a raíz de los sucesivos viajes a este país, la artista llega a pensar que toda su vida ha sido “orientalista” y que se ve a sí misma identificada con el viajero romántico que emprende una búsqueda de sí mismo en el paisaje urbano o rural, donde se producen los encuentros insospechados con la soledad del mundo. La obra que se presenta procede de la técnica artesanal empleada en los papercuts, que pertenecen al mundo de las pequeñas cosas, y cuya práctica se remonta hasta la invención del papel en la Dinastía Han. Se trata de recortes de papel en los que se representan figuras y motivos de la vida cotidiana. La elaboración de los mismos forma parte de una de las tradiciones más populares y aquellos presentan gran variedad de formas y colorido dependiendo de la región donde se practica este arte popular. Sus artífices suelen ser las mujeres y en el inicio las figuras que se diseñan tienen una relación muy próxima con el mundo rural y diferentes celebraciones, como las bodas y otras fiestas populares. Las figuras de papel se pegan en puertas y ventanas, representando la buena y la mala suerte, auspiciando también la alegría festiva de una determinada conmemoración, aunque los motivos suelen ser muy simples: caballos, pájaros, peces, ganado, la flor de loto, fruta, gusanos domésticos y otros elementos comunes de la vida cotidiana constituyen las figuras simbólicas de lo doméstico y cotidiano elevado a arte popular que se identifica con una tradición.

Ana DeMatos recupera el sentido del papercut para este proyecto de exposición y, sustituyendo el “papel” por la “tela”, presenta siete series recuperando la fuerza expresiva de sus motivos y practicando la “traducción” de un lenguaje a otro lenguaje, el suyo, mediante la apropiación y la acción de revalorizar semánticamente un arte popular, cuya trascendencia desborda el ámbito local y su procedencia. La exposición consta de siete series: los tigres, las cabezas de tigre, las flores, las naturalezas muertas compuestas de flores, las aves, los caballos y los retratos de Mao. Se trata de un “conjunto” que reúne las condiciones de una obra pictórica consistente que no necesita recurrir a la pintura para concebirse, pudiendo omitir cualquier justificación que no sea la de su legitimidad dentro de un sistema de valores que vincula tradición y modernidad.

Menene Gras Balaguer